

El sueño del pobre y el sueño del rico

Gregorio Torres Quintero



UNIVERSIDAD DE COLIMA

EL RAPIDÍM

Pa' leerse como de rayo

El sueño del pobre y el sueño del rico

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de
Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de
Publicaciones

El sueño del pobre y el sueño del rico

Gregorio Torres Quintero



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2024
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: (312) 316 10 81 y 316 10 00, extensión 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
www.ucol.mx

5E.1.1/317000/080/2024 - Edición de publicación no periódica
DOI: 10.53897/LI.2024.0031.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley
Publicado en México / *Published in Mexico*



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Registrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Edición impresa: junio de 2007

Edición electrónica: agosto de 2024

Registro: OT-007-24

I

Entre los recuerdos de mi niñez, guardo uno bastante vívido referente a un riquísimo hacendado de Zapotlán.

Todo él es legendario.

Y es que en torno de la riqueza, el pueblo gusta de forjar leyendas, del mismo modo que las forja en torno de un sombrío torrente, de una misteriosa gruta, de una escondida laguna, de un valiente aventurero o de un generoso capitán de ladrones. La historia no es más que la leyenda despojada de lo misterioso y pintoresco. La leyenda, tan despreciada en un tiempo por los historiadores, ha recuperado en los tiempos modernos su antiguo prestigio, y hoy reclama su puesto como origen o madre de la historia.

Pues bien, cuando yo era un rapaz, gustando mucho de los cuentos y de las relaciones fantásticas (y en esto era yo como todos los niños), oí hablar mucho de un rico hacendado de Zapotlán, apellidado Manzano. Nunca supe su nombre de pila. Es seguro que hoy existen descendientes suyos.

Aseguraban las versiones vernáculas que era riquísimo, inmensamente rico. Pero no se atribuía su riqueza a su genio emprendedor, a su enérgico carácter, a sus hábitos de orden y de economía, a su talento y a su claro conocimiento de los negocios, etcétera.

No.

La gente creía que tenía un familiar.

Un día pregunté qué cosa era un familiar.

—Un familiar —me dijo una grave señora— es un pequeño animal, apenas del tamaño de un *cuyo*, y muy parecido a él. Tiene los ojos muy grandes, dado el tamaño de su cuerpo, tan grandes como unos tostones, si el animal es blanco; y tan grandes como medias onzas de oro, si es amarillo, y en ambos casos con el brillo del propio metal. Los hay, pues, blancos y amarillos. Nadie los ve más que el dueño, y siempre están en-

cerrados en cofres. Dicen que si les da la luz del sol se deshacen y evaporan.

—¿Pero en qué consiste que esos animalitos dan riqueza?

—¡Ah! Pues *ponen* como las gallinas, sólo que ellos no ponen huevos, sino pesos u onzas de oro recién acuñadas. Pero no creas que un peso o una onza al día, sino chorros de onzas o de pesos todos los días...

—¡Oh! ¡Yo quisiera tener uno, aunque fuera blanco!

—¡Cállate, niño! ¡Sólo los da el diablo!

—¿Cómo?

—A cambio del alma del que los pide.

—¿Luego ese rico Manzano...?

—Le vendió el alma al diablo.

—¿Y...?

—¡Está condenado!

II

Ya adolescente, me contaron que había en Sa-
yula una casona antigua, abandonada por
sus dueños, en virtud de que en ella asustaban...

Habían pasado por ella muchas familias que
habían intentado habitarla. Y todas se habían ido
de allí aterrorizadas.

No había ya quién la alquilara.

Y llegó un tiempo en que nadie quería vivir
en ella *ni de balde*.

La casona inspiraba miedo hasta por fue-
ra. Su ancho zaguán permanecía constantemen-
te cerrado; sus ventanas ya desvencijadas permi-
tían ver al interior de unas piezas húmedas, su-
cias y oscuras, por donde la gente se imaginaba

que transitaban fantasmas blancos o frailes vestidos de negro. Por sobre las altas tapias del corral o de la huerta, surgían viejos y altos árboles, contribuyendo a hacer más sombrío el interior de aquella siniestra mansión.

Contábase que un pobre zapatero remendón, no hallando dónde meterse, pidió permiso de instalarse con su mujer en la fatídica y lúgubre casona, lo cual le fue concedido fácilmente por sus dueños, los cuales deseaban que, al menos, aquella propiedad se conservase.

El tal zapatero era de alma fuerte. Decía que no le tenía miedo ni al diablo mismo.

Sin embargo, la gente, que creía que aquel dicho era sólo una balandronada, esperaba, con el fundamento de la tradición, que antes de los ocho días saldría de la casona, más muerto que vivo, como habían salido todos los que habían pretendido vivir allí. Y se sorprendían de verlo diariamente en el ancho zaguán, sujetando con el *tirapié* el zapato que remendaba, golpeándole los tacones o las plantas con su incansable martillo y cantando alegremente.

—Maestro —le preguntaban—, ¿qué tal?

—Buen tal. Ya sé por qué me lo pregunta. Aquí no pasa nada.

—¿Nada? Pues todo el mundo dice que aquí asustan.

—A eso vine: a que me asustaran. Pero hasta los fantasmas saben quiénes son valientes y quiénes son cobardes. Tengo un gran deseo de verlos. Y si tienen dinero enterrado, vengo a que me digan dónde está. Quiero salir de pobre. Pero como le digo: aquí no pasa nada.

—¿Luego son puras habladurías...?

—Yo no sé si serán. Pero aquí, hasta ahora, no ha pasado nada. De noche y de día ando por todas partes, diciendo: “¡Muertos!, ¿en dónde están que no los veo?” Y todo inútilmente. ¡Nadie responde! Ya le digo: aquí no pasa nada.

Su interlocutor se mostraba contrariado.

—¿Luego el fraile que dicen que sale junto al brocal del pozo y se pierde entre los duraznos...?

—Pues no ha salido. Ha de estar cansado.

—¿Y la mujer vestida de blanco, a manera de monja, que se pasea por los corredores rezando su rosario...?

—Tampoco. Tal vez se resfrió en alguna de las noches pasadas, y tiene catarro.

—Hombre, no se burle usted. Es cosa seria.

—Hablo en serio.

—Bueno. ¿Y la calavera de ojos centelleantes que camina a brincos por las habitaciones?

—¡Nada, hombre, nada!

—¿Y...? ¿Y la mula prieta de ojos de lumbre que tira patadas?

—¡Tampoco, hombre! Ya le digo que aquí no pasa nada. ¡Nunca he vivido en una casa más quieta y callada que ésta!

III

Mas una noche el zapatero soñó que un fraile negro, con su espeso capuchón sobre el rostro, se acercó al pobre petate en que dormía con su mujer. Por largo rato el fraile permaneció mudo e inmóvil, como pensativo e indeciso. O quizá rezaba. El zapatero esperaba que algo dijera; mas al ver que nada decía, iba a interrogarlo, cuando de entre el capuchón salió una voz ronca y fría que pronunció claramente estas palabras:

—¡Manzano te hará rico! ¡Ve con él!

Y desapareció.

El zapatero era madrugador. Aún estaba oscura la mañana, cuando despertó recordando el sueño en todos sus detalles.

—¡Vieja, vieja! ¡Levántate!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Que te levantes. Quiero que me echas unas *gordas*, pues tengo que ir a Zapotlán.

—¿Te has vuelto loco?

—Levántate. Después te contaré.

Mientras la buena mujer molía el *nixtamal* y echaba las *gordas*, su marido le platicaba del sueño.

—¡Ay, viejo!—le decía ella—¡Cuánto temo que echas tu viaje de balde!

—¿Por qué lo he de echar? Yo creo que éste es un aviso de Dios. Ten fe.

—Quiero tenerla. ¿Te parece poco que salgamos de pobres? ¡Dios quiera que sea cierto! pero...

—¿Pero qué, mujer?

—¡Manzano no es capaz de darle agua ni al gallo de la pasión!

—*Pos* vamos a ver. En último caso, nada perdemos. Sólo echaré *de balde* mis patadas por el camino.

IV

El sol salía cuando nuestro zapatero iba ya en marcha. Movía con ardor sus piernas. Hasta se sentía más joven. Y cantaba saludando a la aurora, como la saludaban los gallos y los pájaros.

Llegó a Zapotlán y se dirigió derecho a la casa de Manzano, preguntando por él.

—Se fue al campo. Si quiere esperarlo, espérello.

El que así le respondía, examinó al recién llegado de pies a cabeza, no encontrándole trazas de gañán.

—¿Se puede saber para qué quiere usted al señor Manzano —le preguntó.

—Es un negocio particular entre él y yo.

—¿Quiere usted trabajar en el campo?

—No lo sé todavía. Ya le dije que mi negocio es enteramente particular con el señor Manzano.

—Es que tardará mucho.

—No le hace. Esperaré pacientemente hasta que venga.

Y sentándose en una banquita que estaba en un rincón, sacó de su morral unas *gordas* y se puso a comerlas filosóficamente.

Muy de tarde ya, casi de noche, llegó el riquísimo hacendado. Desmontó de su mula y entró en la estancia haciendo resonar sus espuelas en el pavimento.

—Aquí hay un hombre —le dijeron— que se empeña en hablar con usted.

—¿Qué quieres, muchacho? —dijo el rico dirigiéndose al zapatero—. ¿Vienes a buscar trabajo?

—No, señor: a otra cosa vengo con su *mercé*.

—Es raro, porque aquí todos vienen a pedirme trabajo. Dinero ya saben que no lo doy nunca.

—Pues para que a usted le parezca más rara mi venida, le diré que a algo por el estilo vengo, aunque no estoy seguro de si yo le vengo a pedir dinero o no y usted tenga que dármelo; usted sabrá el modo de que yo lo tenga. Ya verá.

—No te entiendo *nijota* de lo que dices.

—Ahorita me va a entender. Anoche soñé que un fraile negro me decía: “Manzano te hará rico. ¡Ve con él!”

—¿Y has venido...?

—A que usted me haga rico. Usted sabrá el modo.

El hacendado lanzó una ruidosa carcajada y se paseó por la estancia tosiendo y riendo.

—¡Eres chistoso, hombre!

Y no dejaba de reír, atacado a la vez de tos y risa. Luego, deteniéndose frente a frente del zapatero, habló entre risas y veras:

—Si a sueños vamos, yo también puedo aumentar mi riqueza yendo a Sayula. Pues has de saber que anoche soñé que una mujer vestida de blanco, a modo de monja, me llevó a Sayula y me metió en una casona del pueblo, de ancho zaguán, con las ventanas ya casi cayéndose, con grandes árboles en su corral y huerta, y, por más señas, habitada por un zapatero y su mujer. La monja me condujo a la huerta, y me dijo: “Allí, entre aquellos dos duraznos viejos que están junto al pozo, hay enterrado un tesoro”. Ya ves, pues, que yo también he soñado riquezas. Pero como no soy

tan simple como tú, no hago viajes a Sayula movido por semejantes patrañas...

A medida que hablaba el hacendado, el zapatero iba sintiendo que todo su interior se iluminaba.

—Con que... ¿entre dos duraznos viejos que están junto al pozo?

—¡Sí, hombre! Las señas no pueden ser más claras.

—Gracias, señor Manzano. ¡Adiós!

V

Cuando el zapatero llegó a su casa dijo a su mujer:

—¡Vieja, parece que la voz del fraile fue siempre aviso de Dios!

Y le contó el sueño de Manzano.

Ambos se pusieron a escarbar con ardor entre los dos duraznos viejos que estaban cerca del pozo, por donde decía la voz vernácula que andaba penando el fraile negro.

Y dieron con un cajón todo lleno de onzas de oro.

Los dos sueños se habían completado: ¡Manzano había hecho rico al pobre zapatero!

El sueño del pobre y el sueño del rico, de Gregorio Torres Quintero, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición electrónica se terminó en agosto de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño de interiores: José Luis Ramírez Moreno. Cuidado de la edición: Irma Leticia Bermúdez Aceves y Alberto Vega Aguayo.

Éste es un cuento de misterio. Un cuento de sueños, fantasmas, monjes, ricos hacendados, un pobre zapatero y un tesoro. El maestro Torres Quintero nos cuenta que todo es posible en los sueños teniendo un poco de fe. La ironía y el humor también son visibles en este breve relato. Sin duda, una muestra más de que los pueblos y las casonas viejas tienen en su interior muchas historias que merecen ser contadas.



UNIVERSIDAD DE COLIMA